

A la agitación callejera causada por la expulsión de Manuel siguieron las visitas, los manifiestos y el envío de numerosas comisiones encargadas de felicitar al célebre tribuno. El sargento Mercier, el que mandaba el pelotón que se negó á expulsar á Manuel de la Cámara, dado de baja en la guardia nacional por una real orden, fué también objeto de grandes demostraciones de simpatía. Le fueron regaladas varias joyas y armas de honor por suscripciones que dieron lugar á condenas pronunciadas, no por los tribunales de París, sino por algunos de aquellos tribunales de provincias cuyos magistrados, cediendo menos á la exageración de su celo que á un desenfrenado deseo de ascender, se entregaban con harta frecuencia á severidades tan odiosas como ridículas.

Tres leyes relativas al llamamiento de la quinta de 1823 á las filas, á las cuentas de 1821 y á los presupuestos de 1824, con insignificantes informes de proposiciones, ocuparon los dos meses que aún había de durar la legislatura. La discusión de estas leyes no llamó la atención del público. Los diputados de la izquierda, que habían jurado no volver á la Cámara sino con Manuel, cumplieron su promesa. No faltó quien calificara su conducta de deserción culpable. Si la abstención política es un acto malo en sí; si el miembro de una asamblea deliberante no es libre de suspender el uso del mandato que aceptó; si en toda discusión abierta delante de él su título le impone un deber activo á que no puede sustraerse, estos principios no pueden aplicarse á la situación excepcional creada á los diputados liberales por la exclusión de Manuel. Fieles á sus declaraciones de solidaridad constitucional con el diputado excluido y á los intereses de su honor y de su dignidad, dejaban vacíos, por el resto de la legislatura, los bancos que la violencia ejercida con uno de sus colegas acababa de manchar. Por otra parte, la votación de los 100 millones pedidos para la invasión de España constituía toda la importancia de la legislatura, y esta votación, á pesar de la lucha ardiente y obstinada que

habían sostenido, estaba asegurada. Colocados en presencia de semejante resultado, los diputados de la izquierda, á falta de otro premio por sus esfuerzos, esperaban producir gran efecto en la opinión. La sensación, sin ser tan fuerte como habían creído, dejó sin embargo profunda huella en los espíritus. La Cámara, incompleta y mutilada, perdió movimiento y vida.

Si el retraimiento de los liberales redujo la oposición en la Cámara electiva á unos cuantos diputados realistas á quienes tenía irritados la ambición no satisfecha, esta oposición en la Cámara hereditaria empezaba á adquirir proporciones alarmantes. El proyecto de ley de los 100 millones encontró allí por adversarios no sólo á todos los antiguos senadores y pares nombrados por Decazes, cuya firmeza de convicciones ó independencia de carácter mantenían fieles á las conquistas del espíritu moderno y á los grandes principios consagrados por la Revolución, sino que también fué combatido por todos los hombres que habían ejercido la principal influencia en la restauración de la casa de Borbón. Era tan grande la desviación de la realza de su primitiva senda política y tanta la distancia que la separaba de su punto de partida, que la oposición de la Cámara de los pares había visto entrar sucesivamente en sus filas á todos los ministros que se habían sucedido en los consejos de Luis XVIII hasta el advenimiento de la Congregación, y que entre los opositores más resueltos figuraban los miembros del gobierno provisional de 1814, así como la mayor parte de los ministros de Gante.

La opinión estaba, pues, muy dividida aun entre los realistas, no solamente sobre la intervención en España, sino que también acerca de la política general del gobierno, al terminar la legislatura de 1823. Abierta el 28 de enero, cerróse el 9 de mayo, cuando las tropas francesas, que habían entrado en España por Bayona y por Perpiñán, llegaban ya á Burgos, camino de Madrid, sitiaban á Pamplona y habían avanzado, en Cataluña, hasta pasado Olot.

CAPITULO DÉCIMONOVENO

El ejército francés en febrero de 1823; fuerza del cuerpo de invasión; su composición y su espíritu. El duque de Angulema nombrado generalísimo, y el conde de Guillemín mayor general.—Nueva conjuración. Disidencias en el Carbonarismo. Lafayette y Manuel. Refugiados franceses en España. Complot organizado en el seno del ejército de invasión; su objeto; su descubrimiento. Destitución del general Guillemín y su sustitución por el duque de Bellune; marcha de este último á Bayona.—El duque de Angulema al ejército de los Pirineos; revelaciones. Desórdenes administrativos; deficiencias en todos los servicios. Inquietudes. Llegada de Ouvrard; su nombramiento como abastecedor general. El ejército recibe la orden de pasar el Bidasoa; el coronel Fabvier entra en España; intentona del Bidasoa; los refugiados tienen que retroceder; el ejército pasa la frontera.

El efectivo del ejército francés, en el mes de octubre del año anterior, cuando estaba abierto el congreso de Verona, se elevaba á 160.000 hombres. Aumentado progresivamente por el duque de Bellune, á medida que eran mayores las probabilidades de una intervención, este efectivo había llegado en el mes de febrero de 1823 á 241.062 soldados y oficiales de todas armas. De este contingente, un ejército de 100.000 hombres, divididos en dos cuerpos de operación distintos y de fuerza desigual, habían de entrar en España por los dos puntos extremos de los Pirineos, las provincias Vascongadas y Cataluña. Estos dos cuerpos de operación comprendían cinco cuerpos de ejército, así compuestos:

Primer cuerpo: comandante en jefe, mariscal Oudinot, duque de Reggio; tres divisiones compuestas de 44 batallones de infantería y 22 escuadrones de caballería; y otra división de 16 escuadrones de dragones; total, 27.485 hombres, 5.879 caballos y 24 piezas de artillería.

Segundo cuerpo: comandante en jefe, conde Melitor; dos divisiones, compuestas de 28 batallones de infantería y 16 escuadrones de caballería, y otra división de 16 escuadrones de dragones. Efectivo total, 20.312 hombres, 4.984 caballos y 12 piezas de artillería.

Tercer cuerpo: comandante en jefe, príncipe de Hohenlohe; dos divisiones compuestas de 24 batallones de infantería y 16 escuadrones de caballería; y otra división de refugiados españoles, al mando del general conde de España. Efectivo total: 16.476 hombres, 2.700 caballos y 12 piezas de artillería.

Cuarto cuerpo: comandante en jefe, mariscal Moncey, duque de Conegliano; tres divisiones compuestas de 36 batallones de infantería y 22 escuadrones de caballería. Efectivo total: 21.099 hombres, 4.376 caballos y 24 piezas de artillería.

Cuerpo de reserva: comandante en jefe, general Bordesoulle; una división de infantería de guardia real, compuesta de 8 batallones; una división de caballería de la misma guardia, compuesta de 12 escuadrones; una división de 16 escuadrones de coraceros, y 3 escuadrones de guardias de corps. Efectivo total del cuerpo de reserva, 9.690 hombres, 3.470 caballos y 7 piezas de artillería.

Estos 140 batallones y 139 escuadrones presentaban una fuerza total de 95.062 hombres y 21.409 caballos. La artillería se elevaba á 79 piezas, mandada en jefe por el general Tirlet, y los ingenieros por el general Dode de Labrunerie.

Los cuerpos 1.º, 2.º, 3.º y el de reserva, bajo el man-

do directo del duque de Angulema, nombrado *generalísimo*, habían de entrar en España por Bayona y marchar hacia Madrid; el 4.º cuerpo, al mando del mariscal Moncey y teniendo á Perpiñán por principal punto de reunión, estaba destinado á operar aisladamente en Cataluña.

La composición de estas tropas, como fuerza militar, no dejaba nada que desear; si bien algunos jefes no contaban más servicios que los palaciegos ó de guerra civil, como el conde de Autichamp, el príncipe de Hohenlohe y el barón de Damas; si bien algunos otros, como los generales Donnadieu, Canuel y Pámfilo Lacroix, debían sobre todo sus nombramientos á sus recientes servicios políticos, la mayor parte de los jefes y oficiales reunían para el mando títulos conquistados en las grandes guerras de la República y del Imperio; y en cuanto á las filas, eran excelentes, pues todos los hombres de más de veinticinco años de edad y la inmensa mayoría de los sargentos, como casi todos los oficiales, habían hecho el duro aprendizaje de la guerra, de sus fatigas y de sus privaciones, en los últimos años de lucha de Francia contra Europa.

Al designar al duque de Angulema para el mando de las tropas de invasión, el gobierno había puesto más bien un nombre que un general al frente del ejército. Este príncipe había de aportar en sus nuevas funciones las cualidades de un hombre probo, dotado de valor personal, esclavo de su palabra y de su deber, más bien que las facultades de un jefe militar. Los amigos del conde de Artois habían procurado suplir á la insuficiencia de su hijo colocando al lado de éste, con el título de *mayor general*, á un hombre que poseyese para el manejo y la dirección de grandes masas de tropas la experiencia de que carecía el príncipe. De esta elección dependía el éxito de la campaña. A propuesta de Vitrolles, fué nombrado el teniente general conde Guillemín.

Los regimientos comprendían, como el Estado mayor general, oficiales palaciegos ú hombres políticos; pero eran en corto número y no ejercían acción alguna sobre la tropa. La influencia, en el interior de cada cuerpo, era privilegio exclusivo de los oficiales ó sargentos del Imperio, numerosa clase de descontentos que, con sus rencores contra los oficiales que debían su carrera al favoritismo ó á la nobleza de su cuna, con las narraciones de sus campañas, la continua glorificación de la bandera tricolor y sus cóleras contra la doble derrota de 1814 y 1815, mantenían en torno de ellos un pro-

fundo sentimiento de hostilidad contra la bandera y los príncipes impuestos á Francia después de los desastres de esta nación. Podía esperarse que, al primer rumor de la intervención proyectada contra España, el entusiasmo excitado por aquella perspectiva de guerra habría borrado todo otro sentimiento en el espíritu de los soldados. Pero la invasión española no era menos impopular en el ejército que en las demás clases de la sociedad francesa. Una frase resumía la disposición de ánimo de la tropa: iban á batirse por los frailes contra la libertad. Esta apreciación no era solamente una opinión de cuartel: en todas partes los soldados no oían más que un grito de oposición á aquella guerra, cuya causa y fin condenaba todo el mundo; burgueses, comerciantes, industriales, campesinos y obreros sentían el papel odioso y ridículo á que se quería condenar al ejército. El carbonarismo no ejercía ninguna influencia en aquel concierto de censuras y quejas; no había ya Ventas en el ejército; éstas se habían disuelto ó habían cesado de reunirse inmediatamente después del suplicio de los cuatro sargentos de La Rochela. «No nos castigan más que á nosotros; todos los acusados paisanos han sido absueltos; el riesgo no es igual,» contestaban los militares á las excitaciones de los iniciados que se esforzaban en mantener la asociación en los regimientos. Otra propaganda pública había substituído á la afiliación secreta; folletos, discursos pronunciados en la Cámara de diputados, artículos de periódico y canciones que tendían al mismo fin, eran distribuídos á millares en cuarteles, vivaques y cuerpos de guardia, y circulaban en las filas. Una de aquellas canciones, obra del genial Béranger, cuyos menores acentos escuchaba Francia entera con atención desde hacía algunos años, fué profusamente distribuída. Se titulaba *La nueva orden del día*, y su estribillo venía á decir: «¡Valientes soldados, sin gloria no hay victoria! ¡Cuidado! ¡Media vuelta!» Este grito era una verdadera consigna destinada á preparar el espíritu de los soldados, que se hallaban entonces reunidos al pie de los Pirineos, para la ejecución de un movimiento cuyo fin y organización daremos á conocer.

En 1821 y 1822, el general Lafayette y Manuel compartían la influencia en el comité directivo del Carbonarismo, sin que existiera, sin embargo, entre ellos ninguna disidencia abierta y seria. La escisión no empezó sino después de haber abortado todas las intentonas insurreccionales organizadas en Alsacia, en el Mediodía y en la cuenca del Loira. No se acusaban mutuamente del fracaso, pero al buscar las causas de éste y los medios más seguros de continuar la lucha, discordaban sobre los intereses y los hombres en que debían apoyarse. Muchos contemporáneos, sin exceptuar á los carbonarios, engañados por el recuerdo de los esfuerzos hechos después de Waterloo en la Cámara de representantes en favor del duque de Orleans, vieron en Manuel á un partidario de este príncipe. En 1815, Manuel nació á la vida pública; engañado por los antecedentes revolucionarios y por las declaraciones de Fouché, pudo, en su inexperiencia, servir involuntariamente á los proyectos acariciados durante algunas horas por el duque de Orleans en beneficio del jefe de la rama primogénita de los Borbones; pero ocho años de lucha y de observación habían dado á su razón mucha madurez y á su espíritu mucha fortaleza, y él comprendía,

mejor que nadie, que si el duque de Orleans continuaba siendo la secreta esperanza de algunos liberales tímidos, pares de Francia ó diputados, este príncipe se hallaba sin influencia y sin partido en la nación, y que no sería invocando su nombre que se armarían brazos para expulsar por tercera vez del territorio á sus parientes los Borbones. Invitado varias veces á ir á aumentar, en los salones del Palacio Real, el pequeño grupo de diputados y pares de la oposición que iban allí á criticar la política y los actos del gobierno, Manuel se negó siempre á ello. El disentimiento que reinaba entre él y Lafayette, y que no tardó en dividir al Carbonarismo, estribaba en otra causa: Lafayette, dominado por instintivas antipatías, persistía en rechazar á los hombres del Imperio, en desconfiar del elemento militar, y fiando sólo en los esfuerzos de los amigos de la libertad, no quería invocar más que los principios y la bandera de 1789. Manuel no admitía que el solo apoyo de los partidarios de los derechos políticos conquistados en aquella época fuese suficiente para derribar á los Borbones; no creía que se pudiese intentar nada serio sin el activo concurso de aquella parte viril de la población cuya irritación política emanaba principalmente de la doble derrota de 1814 y de los Cien días, y que, indiferente á las cuestiones de libertad, envolvía en un odio común al antiguo régimen, á las dos invasiones y á los príncipes que éstas habían impuesto. Con tal objeto, insistía en que el punto de unión fuese la última Declaración de los Derechos y la bandera de la Cámara de representantes de 1815.

La cuestión de España era á menudo objeto de aquellas discusiones. Cada cual comprendía que la revolución española, al consolidarse, al adquirir fuerza y duración, vendría á ser, para la causa liberal de Francia, un apoyo contra el gobierno de la Congregación; pero la inexperiencia de las Cortes, las vacilaciones, los arrebatos y las falsas medidas á que se entregaban sucesivamente los individuos de esta Asamblea, podían comprometer su causa. Se pensó un instante en darles por consejero y por guía á Benjamín Constant, cuya candidatura había sido derrotada en las elecciones del mes de noviembre anterior y que ya no pertenecía á la Cámara. Pero antes de imponer á este publicista eminente una especie de expatriación que era el abandono, siquiera momentáneo, de su carrera política, sus amigos quisieron indemnizarle de aquel sacrificio con un capital bastante considerable para asegurar su porvenir. Los liberales habían agotado la mayor parte de sus recursos en sus esfuerzos intentados desde el origen del Carbonarismo, y se dirigieron al duque de Orleans. Este príncipe profesaba en sus salones un profundo apego á los principios consagrados por la Revolución y poseía una inmensa fortuna; escuchó la petición con la sonrisa en los labios, y, después de justos elogios prodigados al talento de Benjamín Constant, excusóse de no poder contribuir más que con buenos deseos al éxito de la causa constitucional de España.

En aquel momento salía Montmorency del ministerio. Si bien la caída del principal plenipotenciario francés en Verona pareció de pronto la señal de un cambio de política respecto al gobierno de las Cortes, pronto la retirada de los ministros extranjeros de Madrid y la continuación de los preparativos de guerra en la línea

de los Pirineos disminuyó la confianza de los liberales en una solución pacífica. El envío de nuevos regimientos á la frontera española, en vez de disminuir, aumentaba cada día. Aquella concentración de tropas, poniendo en contacto los descontentos esparcidos por todo el ejército, ¿no podía ofrecer á un movimiento contra los Borbones probabilidades de éxito más seguras que las esperanzas puestas antes en las disposiciones hostiles de algunos batallones aislados? Por otra parte, España no sólo se hallaba convertida en refugio de los constitucionales napolitanos y piamonteses que habían escapado á la venganza de sus príncipes y del Austria, sino que todos los contumaces de los procesos de Colmar, Poitiers, Nantes, Metz, Estrasburgo, Tolón y París, así como casi todos los acusados absueltos y muchos carbonarios jóvenes y entusiastas, se habían refugiado también en ella, unos para su seguridad personal y otros para dar libre carrera á su ardor político. ¿No era entonces posible utilizar el concurso de aquella masa de proscritos y de emigrados voluntarios para una insurrección en el ejército de los Pirineos? Se ha dicho que los refugiados franceses de 1823 cometieron con Francia el crimen reprochado por ellos á los antiguos emigrados realistas. La acusación es injusta; aquellos refugiados no iban á sublevar á España contra Francia; ninguno de ellos pensaba dirigir los regimientos españoles contra los regimientos franceses, ni abrir el suelo nacional á invasores extranjeros uniéndose á ellos. La lucha, en la Península, se hallaba entablada entre los sostenedores de la monarquía absoluta y los partidarios de la constitución de las Cortes; parte de los desterrados venían á ofrecer su espada á estos últimos; voluntarios de la causa liberal, acudían para combatir en España contra españoles, en favor de la libertad. La verdad es que algunos veían sobre todo, en la Península, una especie de terreno neutral, desde donde podían ayudar á los descontentos del ejército francés; pero para ellos la querrela no dejaba de ser una cuestión exclusivamente francesa, en que el gobierno de Madrid no había de intervenir más que para asegurar la libertad de sus movimientos y facilitarles los medios de lanzarse, en un momento dado, en medio de los batallones que consiguieran arrastrar. Llegados á España, unos por vía inglesa, otros en barcos mercantes zarpados de puertos franceses ó por los Pirineos, con ayuda de los carbonarios de los departamentos fronterizos, varios de aquellos refugiados se habían puesto ya en relación con los oficiales subalternos y con los sargentos de ciertos regimientos acampados en las avanzadas, cuando las palabras pronunciadas por Villèle en el comité secreto de 8 de febrero dieron súbitamente á estos nuevos proyectos de insurrección militar una gravedad y un desarrollo inesperados.

Los diputados de la izquierda y los periódicos liberales afirmaban unánimemente que la declaración del presidente del consejo de ministros, abogando por la causa de la intervención, había sido esta: «El gobierno se halla en la alternativa de hacer la guerra en los Pirineos ó de sostenerla en el Rhin.» Estas palabras, que Villèle no podía desmentir, porque los términos verdaderos de su declaración no constaban en parte alguna, habían causado una impresión profunda en todo el país. ¿Qué sentido se les podía atribuir, sino que las monar-

quías absolutas de Europa obligaban á Francia á derribar con las armas al gobierno constitucional español, so pena de sufrir una tercera invasión? No se hacen tales amenazas á un pueblo sin hallarse en condiciones de realizarla. Pues bien, los periódicos anunciaban entonces grandes movimientos en el ejército ruso; varios cuerpos considerables avanzaban, según se decía, hacia las fronteras de Austria y Prusia. En el estado de irritación en que se hallaban los partidos, toda acusación violenta, toda suposición absurda, había de encontrar crédito. «La antigua coalición no se ha disuelto, decían: los congresos celebrados durante los últimos tres años la han afirmado, y sus miembros comprenden que estarán constantemente amenazados mientras exista en el continente una sola tribuna libre. Los dos congresos de Troppau y de Laybach han tenido por resultado la caída de los gobiernos constitucionales de Nápoles y del Piamonte; el congreso de Verona debe traer el derribamiento de la Constitución española.»

Añadíase, en consecuencia, que las potencias absolutas considerarían su obra como incompleta é inacabada, mientras subsistiese la tribuna francesa. Tratábase, pues, de defender y salvar no solamente las instituciones políticas de Francia, sino que también su libertad y hasta su independencia. Los hombres políticos y los militares que hacía tres años se esforzaban en derribar á los Borbones, sintieron la necesidad de impedir que el ejército francés entrase en España, á fin de que estuviese pronto á ir á oponerse á los nuevos invasores. ¿A qué medios apelar? Después de mucho discutir, sin venir á un acuerdo con los políticos, los militares tomaron la iniciativa de visitar á muchos de sus antiguos compañeros de armas, á quienes el ministro acababa de conferir mandos en el ejército que iba á invadir España. Temerosos de una intervención armada de las grandes potencias en Francia, estos jefes consintieron en favorecer el movimiento proyectado. Ninguno de ellos quería iniciarlo, pero estaban dispuestos á seguir al primer batallón ó al primer regimiento que alzase la bandera tricolor. En vista de esto, se acordó que los franceses refugiados en España se encargarían de dar la señal, sublevando al primer destacamento. Para ello se consiguieron falsas órdenes con las fórmulas y sellos del ministerio de la Guerra y firmadas en blanco por el ministro. Los conjurados tenían la seguridad de que al impulso de los jefes comprometidos y que se considerarían á cubierto de responsabilidad por las órdenes de que acabamos de hablar, el ejército en masa, movido por el mismo sentimiento de simpatía por las instituciones nuevas y de odio contra el extranjero, daría en el acto *media vuelta*, iría á París á derribar á la contrarrevolución y á sus príncipes, y marcharía luego en derechura al Rhin. La canción de Béranger, que hemos citado antes, estaba destinada á popularizar en el ejército la necesidad de aquella *media vuelta*.

Estas disposiciones se habían discutido y acordado en París. Cuando se trató de realizarlas, el teatro de la conjuración se halló transportado á la línea de los Pirineos. Escribiéronse cartas á los franceses expatriados más notables é influyentes, indicándoles los puertos españoles más cercanos de Bayona como punto principal de reunión; se tomaron disposiciones para hacer llegar cerca del Bidasoa á muchos carbonarios y oficiales